

Vicente Mengod

El tema de las ideas en Ortega



Los recuerdos directos sobre Ortega y Gasset se recogen ahora en los términos de una charla de sobremesa, allá en los salones del Colegio de España, en París. Refiriéndose a las calidades poéticas de su estilo hacía ver los riesgos de una frondosidad verbal. Y al generalizar el tema, afirmaba que cuando el desarrollo de un idioma excede al desarrollo de la sensibilidad de un pueblo o de un individuo, se produce la retórica, algo así como la hinchazón vacua e inoperante.

Los años han ido transcurriendo. Al estudiar algunas obras literarias, he visto confirmadas las palabras del filósofo, en su anverso y reverso. Hay, en efecto, una estética de la forma, del paramento o cobertura. Y existe, sin duda mucho más sutil, una estética de las ideas en las que necesita apoyarse un lenguaje poco ampuloso. He ahí unas normas de gran valor para los escritores, para los poetas en particular, ya que la poesía se convierte en algarabía intrascendente, cuando sus estrofas brotan de la charla simple, elemental.

Años más tarde volví a encontrar a Ortega y Gasset. Preparaba entonces unas conferencias dedicadas a los holandeses. El filósofo vivía en una mínima habitación. Allí meditaba y escribía sus geniales intuiciones. Viendo vivir al filósofo veíamos confirmados algunos principios de su especial filosofía, entendíamos en qué consiste la radical soledad del hombre, por qué en aquella soledad radica la

feliz autenticidad del vivir. A veces, su charla generosa nos decía que el pensador solitario tenía necesidad de entender la realidad de los otros hombres, ya que la vida se exalta al encontrar en su presencia otra vida.

Sin duda, el mundo es un horizonte cuyo centro es el individuo. Pero interesa no olvidar que estos horizontes se cruzan desde el punto de mira de cada observador. Sólo de esta forma, la existencia humana adquiere una dimensión vital con todos sus problemas, con el tremendo programa de estar anclado en el mundo.

Desde sus primeros escritos, Ortega y Gasset dejó vagar una de sus claves filosóficas: "Yo soy yo y mi circunstancia". Y desde entonces, los discípulos la sometieron a las más dispares interpretaciones. Sin embargo, el sentido es claro, aunque no al margen de posibles matizaciones. El filósofo quiso decir que su obra, como la de todos los hombres, era por esencia y presencia circunstancial, que la vida cobra sentido de acuerdo con una circunstancia, con un quehacer. De ahí que el vivir sea un programa y un problema que es preciso entender por obra y gracia del pensamiento filosófico.

Se ha dicho que el sistema filosófico de Ortega y Gasset es como un edificio suntuoso sin terminar. Quizás en esa afirmación hay defectos de perspectiva, porque el lector apresurado pierde los detalles y no abraza el conjunto.

Toda la obra del pensador hispano está centrada en varias ideas pocas en número, de armónica vertebración, pero densas, nunca formuladas de antemano.

El profesor de Metafísica trabajaba finalmente en la redacción de la obra que había de presentar organizados los principios de su filosofía esencialmente vitalista, orientada hacia las concepciones de un vivir activo. En la extensa nómina de sus trabajos sobre arte, política, literatura, música y filosofía estaban dados los trazos firmes de una manera de ver la realidad y de comprender las razones primeras y últimas de los hechos vitales, del fluir existencial. Por esta razón los espíritus cautos, los hombres que se abocan deslumbrados sobre el hontanar de las ideas metafísicas, se resisten a admitir que

Ortega y Gasset cambiase de postura filosófica en los claros momentos de su tránsito definitivo.

* * *

En la obra de Ortega y Gasset el tema de las ideas es típicamente circunstancial, brota como producto de naturales y lógicas vinculaciones, se desprende como la almendra que yacía dentro de la jugosa pulpa del fruto. De ahí que el espíritu vaya de sorpresa en sorpresa, enlace las sucesivas resonancias del pensamiento, sin que vislumbre, en apariencia, hacia donde se dirigen los dardos de tan sutil sagitario. Esta magia de las ideas, sin orquestación aparente, ha originado los ataques de quienes desearían un programa en la fluencia de Ortega.

Con frecuencia el hombre dice que lucha por defender sus ideas. Y al poner en circulación esta frase, piensa haber resumido la esencia y los perfiles concretos de su personalidad. Sin embargo, lo más difícil y problemático del ser humano es tener ideas, manejarlas con indudable cautela, pues tales entidades son armas de plurales filos, especie de animalillos prestos a revolverse contra su confiado dueño.

El tema de las ideas es tradicional. Al repetirlo con insistencia se nos ha incrustado en el alma. Sus raíces se han extendido por diversos predios del vivir, los frutos, cuando existen, quedan disimulados entre exuberancias adventicias.

Ortega y Gasset ha dedicado una mirada acuciosa a este verdadero "árbol de la ciencia del bien y del mal", para fijar sus vinculaciones con las diversas facetas culturales del "Bípedo erecto y sin plumas". De ahí que su vida haya sido un permanente filosofar. Y en sus numerosos ensayos sobre los más variados temas, nos ha recordado que Platón lanzó la primera piedra sobre los tejados un tanto frágiles de la naciente Filosofía, inventando la palabra Idea, de la misma forma que había dedicado sus intuiciones a discurrir en los ámbitos del amor. Aquel hombre griego, cargado de espaldas, en sus momentos de soledad, formuló el más sutil de los malabaris-

mos filosóficos: “La belleza no es la cosa bella, sino aquello por lo cual la cosa es bella, algo que sólo puede ser percibido con los ojos del espíritu”.

De esta aparente galimatías se derivan muchas tragedias del hombre actual. Porque tener ideas en el sentido platónico es sumamente complicado y comprometido. Sólo los individuos muy cultos, de fina curva sensitiva, son capaces de darles cabida en los desvanes de su espíritu y aceptar que el Bien y el Mal, el Dolor y el Placer, por el hecho de ser ideas, tienen existencia real.

Por esta razón, y así lo insinúa Ortega en sus estudios filosóficos, Aristóteles, persona de gran sentido pedagógico, usó muy poco el término platónico de idea. Es necesario que transcurran varios siglos hasta que los filósofos ingleses vuelvan a encariñarse con el tema de tan sutiles vertientes. Y sólo entonces aparece la ingente obra titulada *La teoría de las ideas*. Estos ingleses, Hume y Stuart Mill, entre otros, sabían la discusión que disparó las habilidades dialécticas de nominalistas y realistas durante la Edad Media. Como hábiles nautas en los mares procelosos de la Filosofía, manejaron con cautela el término Idea, le dieron un sentido más amplio. Para ellos, una sensación, un color, un dolor, todo hecho psíquico era una idea susceptible de relacionarse con otras. He ahí la interesante y conveniente asociación de ideas que tanto facilita el trabajo intelectual.

Pero la tercera y gran transformación de la palabra idea se la debemos a Kant. El filósofo de Königsberg nos habla de las facultades del alma. Y a la facultad de tener percepciones le da el nombre de sensibilidad, siendo la sensibilidad el tamiz de las ideas, el recurso estrictamente personal y misterioso que no se aprende en los libros, que viene con el hombre como delicada y mágica antena de últimas y válidas selecciones espirituales.

Kant, al introducir el término sensibilidad, señaló las radicales diferencias que separan a los individuos. La tragedia de muchos seres tiene sus fundamento en matices sensitivos, en la manera de proyectar hacia el mundo sus ideas puras, desprovistas de todos los resabios de una erudición marginal. Las reacciones frente a los he-

chos y en torno a los problemas es cuestión de sensibilidad, en el más limpio sentido kantiano. Cuando el hombre aborda los dominios del arte, de la política y de la religión, para ser original, ha de manejar las ideas, las realidades que han permanecido en su espíritu después de muchas y pacientes decantaciones. Por eso, defender nuestras ideas, equivale a luchar por nuestra propia vida espiritual en su más cabal sentido.

Con razón se ha dicho que para escribir el primer verso de un poema es necesario haber vivido toda una vida rica en experiencias, en imágenes sensibles cuyos trazos materiales fueron aventados. Y de la misma manera, para filosofar en torno a la política y a la religión, el hombre debe haber nutrido su cerebro de muchas y fecundas ideas, de asociaciones sensibles que sólo entrega el vivir concebido como plenitud. Ya decían los clásicos: "Primero vivir, después filosofar". Porque lo contrario es un hablar que baja de la charla, en lugar de ser la conversación que sube del alma y de las ideas. La filosofía vitalista de Ortega y Gasset tiene en su entraña esta dirección, este sentido de humana plenitud.

La magia de las ideas radica en los destellos que hace brotar su confrontación. Y cuando el hombre las utiliza con responsabilidad observa que un verdadero universo se le despliega. Sólo entonces la palabra se hace mágica, permitiendo la entrañable euforia del milagro terreno. Todo ello sin olvidar que la paja de las palabras no es el grano de las cosas.

Ortega y Gasset ha ido evolucionando, no en sus ideas, sino en la manera de valorar las ideas. Platónico y kantiano, su espíritu seguía los rumbos cartesianos. En más de una ocasión, revistió de galas conceptuales aquellas dos grandes verdades de Descartes: "Yo existo" y "Toda idea clara y distinta es verdadera".

El tema de las ideas sólo tiene sentido cuando se le estudia en la entraña de una obra. Veamos, pues, el pensamiento de Ortega a través de sus luminosas *Meditaciones del Quijote*.



Toda su ideología filosófica va implícita en estas meditaciones, publicadas en 1914. La obra tuvo gran trascendencia en la evolución del pensamiento español. Al decir que la primera tarea de la Filosofía era la de comprender la vida, atizó el fuego dormido de muchas sensibilidades que se dedicaron a la noble e ingente tarea de auscultar el mundo, de valorar las cosas inmediatas.

Es cierto que las *Meditaciones del Quijote* son, ante todo, una honda teoría de la novela, a base del libro central cervantino. Pero de los ámbitos estéticos, el autor salta a otros dominios y aborda en extensión y profundidad una teoría filosófica de amplios horizontes.

En primer término, nos dice que la Filosofía es como la ciencia general del amor, del afán de conocer, de una síntesis de hechos que nos muestran su vigor esencial. Por esto, la ambición postrera de la Filosofía es la de llegar a una sola proposición que nos diga toda la verdad, que resuma un sentido literal absoluto. De ahí la necesidad de estudiar las manifestaciones menudas en las que se revela la intimidad de una raza. En estas manifestaciones se halla implícita la circunstancia.

¿Qué es la circunstancia? Algo que se desprende como un perfume de las cosas mudas que están a nuestro alrededor, esas cosas que muy cerca de nosotros levantan sus tácitas fisonomías con un gesto de humildad, de anhelo, avengonzadas por la simplicidad aparente de su donativo.

El pensador nos dice que “marchamos entre ellas, ciegos para ellas, fija la mirada en remotas empresas, proyectados hacia la conquista de lejanas ciudades esquemáticas”. Y señala, alborozado, que uno de los cambios más hondos del siglo actual con respecto al XIX consiste en la mutación de nuestra sensibilidad para las circunstancias.

Por esta razón, Ortega se detiene a meditar frente a un paisaje, capta el modo de conversar los labriegos, fija los perfiles de las dan-

zas, remonta el origen de los cantares populares, extrae una filosofía de las peculiaridades del idioma.

El cultivo de esta multiplicidad de factores vitales ha producido la desorientación de críticos apresurados, los cuales sólo vieron en el pensador un brillante periodista.

No cabe la menor duda de que la intuición de los valores superiores fecunda nuestro contacto con los valores mínimos. Para quien lo pequeño no es nada, no es grande lo grande. Esto quiere decir "que no debemos detenernos en éxtasis ante los valores hieráticos, sino conquistar a nuestra vida individual el puesto oportuno entre ellos". En suma: "la reabsorción de la circunstancia es el destino concreto del hombre".

Sin duda, la vida, el vitalismo concebido como menester filosófico es un problema y un programa, un constante y alerta vivir.

Ortega repite la clave de su posición filosófica y le agrega originales derivaciones: "Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella, no me salvo yo". Expresión que tiene sus contactos con la escuela platónica en la que se daba como empresa de toda cultura el salvar las apariencias, buscando el sentido de lo que nos rodea.

Otra reiteración orteguiana es la de la claridad, porque la claridad es la plenitud de la vida. "El que os da una idea os aumenta la vida y dilata la realidad en torno vuestro".

Estas ideas iluminativas son las que busca Ortega, ideas que son puntos de vista según la acepción platónica. Enlazado con el concepto de claridad, el filósofo nos muestra su primer punto de vista sobre la religión. "La obscuridad hace de la religión una forma insuficiente de cultura. Los principios religiosos son problemáticos en grado superior a la vida misma que tratan de esclarecer y sustentar. Su contextura tenebrosa nos lleva de la obscuridad a los ámbitos terribles del misterio. Y el misterio es la lujuria de la mental obscuridad".

Entre sus más certeras ideas surge la del héroe. "Cada vida es un punto de vista sobre el universo". Un punto de vista activo, fun-

cional y armónico. La vida debe ser culta, pero la cultura tiene que ser vital. "El arte, la razón, la moral han de servir a la vida".

Refiriéndose a Don Quijote como héroe auténtico, nos dice que se trata de un hombre que siendo realidad quiere reformar la realidad. Ello quiere decir que hay individuos que no se contentan con la realidad. "Aspiran los tales a que las cosas lleven un curso distinto, se niegan a repetir los gestos que la costumbre, la tradición y, en resumen, los instintos biológicos le fuerzan a hacer". Estos hombres son los héroes. Porque ser héroe consiste en ser uno, uno mismo. El vivir activo, la búsqueda de nuestra personalidad a través de las circunstancias es una manera de heroicidad. He ahí una de las constantes orteguianas, la repetición de que es necesario preguntarse por el sentido de las cosas, hacer de cada una de ellas el centro virtual del mundo, el lugar en donde se anudan los hilos todos, cuya trama es nuestra vida. La doctrina es vieja y venerable. Platón ve en el eros un ímpetu que lleva a enlazar las cosas entre sí. Por este motivo decía que la Filosofía que busca el sentido de las cosas va inducida por el eros.

He ahí por qué Ortega y Gasset, a lo largo de sus obras posteriores, ha ido fijando los sectores culturales, es decir, las coordenadas en las que se inscribe la vida del hombre. Y cuando se ha planteado el problema de preguntarse qué es la cultura ha dicho que esta cultura es el sistema de ideas vivas que cada tiempo posee, algo así como el repertorio de nuestras afectivas convicciones sobre la jerarquía que tienen los valores que están encerrados en las cosas y en las acciones.

Finalmente, el pensador hispano enfoca las ideas de poesía y realidad. Y nos dice que en la realidad hay siempre como un fermento de poesía, sin que podamos señalar una exacta dependencia de causa y efecto. "La realidad entra en la poesía para elevar a una potencia estética más alta la aventura". De la misma manera que lo humano se entronca con lo divino para darle un cabal sentido. Y ello es así, porque "no hay cosa en el orbe por donde no pase un nervio divino".

Kant ya había dicho que no hay abismos insondables entre el ideal y la realidad. Y de este postulado llega a intuir la existencia de Dios, como ente metafísico en donde la más plena realidad está unida a la más plena idealidad, en donde no hay la más mínima divergencia entre lo que se considera bueno, pero no existente, y lo que se considera existente. A esta unión de lo real con lo ideal, Kant lo llamó Dios.

Ortega en sus meditaciones adivina las bases de una Metafísica que se apoya en la vida misma. Desde su primera navegación filosófica, su pensamiento enfla los rumbos de un lejano horizonte en donde tal vez yace el anhelo de una divinidad original, como una fusión de los viejos temas de la muerte, que ya fueron dados en Platón, y el tema de Dios que orientara el pensamiento de Aristóteles.

El tema de las ideas orteguianas se resuelve en el gran tema de la vida. Vivir es ocuparse, vivir es practicar. La vida es una ocupación con las cosas, es decir, un manejo de las cosas. Tenemos que desarrollar actividades para vivir. La vida es un quehacer, una constante solución de problemas vitales. Para vivir libres tenemos que hacernos esa libertad. Y tendido en el horizonte, ¡Dios a la vista! Un Dios original que dirige a los nautas de un eterno navegar filosófico, un Dios qué les dice a los individuos: "Le duele al hombre ser de un tiempo y de un lugar. El hombre quisiera ser eterno precisamente porque es lo contrario".

¿Cuáles son las ideas que Ortega y Gasset puso en circulación al escribir sus *Meditaciones del Quijote*?

En primer término el tema filosófico de la circunstancia. Y como derivación, el anhelo de llegar a una sola proposición filosófica que nos diga la verdad sobre el origen y destino del hombre. Sus caminos lógicos: el vitalismo concebido como menester filosófico, la claridad que permite ver la posición y las conexiones de las cosas que nos envuelven y penetran, el arte, la raza, la moral en su calidad de elementos ancilares de la vida. La poesía y la realidad concediéndole categoría estética al vivir, al quehacer vital.

Recordemos que al cumplir los setenta años de edad Ortega y

Gasset, los profesores españoles organizaron un ciclo de conferencias en su honor. Y dijeron que deseaban utilizar al maestro, ávida y generosamente, proyectando el pensamiento más allá de sus reconocidas lucubraciones, ya que para un filósofo ningún homenaje era mejor que demostrar su fecundidad, andando con él por caminos que ha señalado y que tal vez no ha recorrido.

Con razón se ha dicho que las ideas de Ortega y Gasset impulsan a la Filosofía en su tercera navegación. La primera, que empezó con Parménides, terminó en la Edad Media. La segunda comienza con la publicación del *Discurso del método*. Primero había sido la metafísica del realismo, después toma vuelo el idealismo. Ahora “queremos una metafísica que se apoye, no en los fragmentos de un edificio, sino en la plenitud de su base, en la vida misma”.

En este sentido, la aportación de Ortega y Gasset ha sido considerable.